

No hubo, pues, pescado á la hora del almuerzo, que fué sobradamente frugal. Mr. Cruncher, de un humor más endemoniado que nunca, conservaba á su lado la tapadera de la marmita, con objeto de lanzarla á la cabeza de su costilla tan pronto como la infeliz manifestase el menor propósito de consagrarse á sus oraciones.

Se lavó, se cepilló y se vistió á la hora de salir, como tenia de costumbre todas las mañanas, para dirigirse á su puesto. El jóven Jerry corria al lado de su padre, con el taburete bajo el brazo, por enmedio de los transeuntes que llenaban las calles, y en nada se parecia al aterrizado muchacho que en la noche anterior corria en la sombra perseguido por un fantasma. La luz del dia le habia devuelto su malicioso descaro, y su miedo se habia disipado al mismo tiempo que las tinieblas.

—Papá, dijo el travieso chiquillo colocándose á una respetuosa distancia del autor de sus dias y parapetándose detrás de su taburete, ¿qué quiere decir desenterrador?

—¿Y yo que sé? dijo el papá parándose en mitad de la acera.

—Yo creia que lo sabiais todo, replicó el monigote.

—Mira, repuso Mr. Cruncher echándose hácia atrás el sombrero para dar mayor libertad á sus cabellos, un desenterrador es un comerciante, hijo mio.

—¿Y en qué comercia?

—Comercia en... objetos científicos, dijo el papá ras-cándose la cabeza.

—Es decir, que vende cadáveres, ¿no es eso? continuó el granuja.

—Creo que sí.

—Ay, papá, cuando yo sea mayor voy á dedicarme á desenterrador.

Mr. Cruncher, lisonjeado por este deseo de su tierno vástago, movió, sin embargo, la cabeza y replicó con tono sentencioso:

—Eso dependerá de las disposiciones que muestres en lo sucesivo, y del desarrollo que sepas darles; es preciso cultivar tu inteligencia y tener cuidado de no hablar con bicho viviente sino para decir las cosas puramente indispensables. En cuanto á la maña necesaria, no veo nada hasta ahora que pueda hacerme temer que no seas capaz de desempeñar algun dia esa profesion.

El chiquillo, satisfecho del buen concepto que acababa de merecer á su padre, se apresuró á colocar el taburete á la puerta de la casa Tellson y Compañía, en tanto que Mr. Cruncher pensaba para su capote:

—Jerry, excelente y honrado comerciante, tienes motivos para creer que ese muchacho llegará á ser el consuelo de tu vejez, y te indemnizará cumplidamente de todo cuanto su madre te hace sufrir.

## CAPITULO XV.

### La calcetera.

La taberna de Mr. Defarge se habia abierto mucho más temprano que de costumbre. Desde las seis de la mañana varios rostros macilentos asomados á los barrotes de las ventanas, habian contemplado en el interior del bodegon otros rostros demacrados, inclinados hácia sus respectivos vasos.

Mr. Defarge vendia siempre, áun en los mejores años, un vinillo detestable; pero su aguapié no habia sido nunca tan mala como en aquella época. Era una bebida indescriptible y extremadamente ágría, á juzgar por el perverso humor que daba á los bebedores. Ninguna llama báquica salia del zumo de la vid que vendia Mr. Defarge; pero en el fondo de sus toneles se escondia un fuego siniestro que ardia en la sombra.

Hacia tres dias que la tienda del tabernero se veia

llena desde por la mañana. En honor de la verdad, parecía que las gentes acudían allí, no tanto para beber como para hablar de cosas serias. La mayor parte de los individuos que, hablando en voz baja, se habían introducido allí desde que se abrió la puerta, no hubieran podido arrojar un ochavo sobre el mostrador, ni aún á trueque de salvar su alma; sin embargo, el objeto de la reunión parecía interesarles tanto como á los bebedores, y yendo de una mesa á otra, recogían palabras en vez de vino, y las escuchaban con el mayor cuidado.

A pesar de aquella gran afluencia de parroquianos, el dueño del establecimiento se hallaba fuera de casa. Nadie, sin embargo, notaba su ausencia; nadie preguntaba por él, ni le buscaba siquiera con la vista. Ninguno de los individuos que penetraban en la taberna extrañaba ver á Mme. Defarge distribuyendo los vasos, al lado de una esportilla llena de calderilla roñosa y estropeada, y cuya primitiva efigie estaba tan desgastada como la de los infelices mortales que acababan de sacarla de su faltriquera.

Los espías, que de allí á poco se introdujeron en la tienda de Mr. Defarge, del mismo modo que lo hacían en todas partes, desde los salones de Versalles hasta los patios de las cárceles, sólo vieron en aquellos rostros una expresión indiferente ó triste. Los jugadores de naipes parecían aburrirse soberanamente, los aficionados al dominó constituían con las fichas caprichosos edificios, y los individuos más ingeniosos trazaban letras ó números con el extremo del dedo sobre las mesas llenas de manchas de vino.

Mme Defarge, apoyada sobre el mostrador, dibujaba encima de él el contorno de sus mangas con el auxilio de su mondadientes y, con los ojos entornados, observaba algo que no se hallaba al alcance de aquellas gentes.

De este modo se pasó toda la mañana. Al dar las doce

aparecieron dos viajeros en el arrabal de San Antonio. Uno de ellos era Mr. Defarge; el otro un peon caminero cubierto con un gorro azul, lleno de polvo y muerto de sed. Dirigiéronse á la tienda del tabernero. La noticia de su llegada había avivado en el arrabal un fuego interior, que se revelaba en los encendidos rostros asomados á las puertas y ventanas. Sin embargo nadie les siguió, y cuando entraron en la tienda, ni siquiera uno de los parroquianos que allí había les dirigió la palabra.

Pero al dar Mr. Defarge los buenos días, todas las lenguas se desataron y todo el mundo le devolvió su saludo.

—¡Qué tiempo más malo, señores! dijo el tabernero sacudiendo la cabeza.

Miráronse unos á otros, bajaron los ojos y tomaron asiento silenciosamente. Poco despues un individuo se puso en pié y salió de la taberna.

—He andado parte del camino con este valiente peon, que se llama Jacobo, continuó el tabernero dirigiéndose á su mujer; le he encontrado casualmente á unas veinte leguas de París: dále de beber, porque es un buen muchacho.

Otro individuo se levantó y salió, mientras el tabernero servía un jarro al recién llegado. El peon caminero llenó su vaso, se quitó el gorro azul, saludó á los concurrentes y bebió de un solo trago el aguapié del tabernero. Luégo sacó de su blusa un pedazo de pan negro, y mientras continuaba comiendo y bebiendo, levantóse un individuo de su asiento y desapareció del mismo modo que los dos anteriores.

Mr. Defarge tenía también necesidad de refrescar, pero como el vino no era para él una cosa rara, bebió muy poco en comparación del labriego, y permaneció de pié esperando que éste terminase su almuerzo. Nadie le miraba, ni él miraba tampoco á nadie, ni aún á su mujer,

que habia vuelto á continuar el trabajo de su inseparable calceta.

—¿Has concluido ya? preguntó al peon caminero cuando éste llevó á la boca el último pedazo de pan.

—Sí, respondió el aldeano.

—Pues entónces, ven á ver tu habitacion.

Salieron de la tienda, atravesaron el pátio, subieron una escalera pendiente y asquerosa, y penetraron en el zaquizami en que vimos hace tiempo á un hombre de cabellos blancos, afanosamente ocupado en terminar un zapato. El anciano no estaba ya en aquel cuartucho; pero los tres bebedores que separadamente habian salido de la tienda, se encontraban allí reunidos del mismo modo que cuando miraban al antiguo zapatero por entre las hendiduras de la pared, en el momento en que miss Manette llegaba en busca del desdichado preso. El tabernero cerró cuidadosamente la puerta, y dijo en voz baja:

—Jacobó primero, Jacobó segundo, Jacobó tercero: éste es el testigo á quien yo tenia citado. Yo, Jacobó cuarto, le ruego que os diga todo lo que ha visto y todo lo que ha podido saber. Habla, Jacobó quinto.

—¿Por dónde debo comenzar, señor mio? preguntó Jacobó quinto enjugándose la frente con su gorro azul.

—Por el principio, respondió Mr. Defarge.

—Pues señor, yo le vi, dijo Jacobó quinto, el mes pasado hizo un año; estaba bajo la carroza del marqués é iba colgado de la cadena de la maniobra del coche. Era ya la hora de abandonar mi trabajo; llegaba ya la puesta del sol, y el carruaje del marqués subia lentamente la cuesta, arrastrándole siempre en esta disposicion.

El peon caminero repitió la pantomima que habia ejecutado en preseneia de monseñor, la cual habia llegado á perfeccionar en fuerza de llevar trece meses entreteniéndose con ella á los desocupados de su pueblo.

—¿Le conocias tú? preguntó Jacobó primero al testigo?

—No le habia visto en toda mi vida, respondió el peon caminero volviendo á colocarse en su posicion natural.

—¿Y cómo has podido reconocerle? dijo Jacobó segundo.

—Por su gran estatura, replicó el aldeano rascándose la parte prominente de la nariz. Cuando el señor marqués me dijo: «¿Qué señas tiene?, yo le respondí: «Es más alto que un fantasma.»

—Haber dicho más alto que un ciprés, replicó Jacobó segundo.

—¿Y yo qué sabia? repuso el peon caminero. La cosa no estaba aún hecha, ni él me habia hablado de semejante cosa. Además, tened en cuenta que no soy yo quien he ofrecido mi testimonio. Yo estaba cerca de la fuente: el señor marqués sacó la mano por la portezuela: «Gabelle, exclamó señalándome á mí, haced que se acerque ese bergantel!» Ya comprendereis, señores, que yo tuve que obedecer.

—Tiene razon, Jacobó, dijo Mr. Defarge al interruptor; ¡continúa, Jacobó quinto!

—Pues bien, dijo el aldeano con aire misterioso, el grandísimo bribon se vió perdido; lo ménos le estuvieron buscando nueve meses! digo, más, diez... once...

—Eso es lo de ménos, dijo el tabernero; el caso es que lo han descubierto; continúa.

—Yo seguia trabajando en el mismo trozo de la carretera; el sol, como en aquel famoso dia, iba ya á ponerse; yo empezaba á recoger mis herramientas para volver al pueblo y entrar en mi casa, cuando alcé la vista y vi á unos sodados que subian la cuesta. Eran seis, y en medio de ellos iba un hombre de una estatura colosal con los brazos atados á la espalda.

El aldeano, sin abandonar un momento su gorro azul,

se colocó en la actitud de un hombre atado codo con codo.

—Yo me puse á la orilla del camino y al lado de un monton de piedras para ver á los soldados y al preso, porque pasa por allí tan poca gente, que siempre aprovecha uno las raras ocasiones que se le presentan. Pues señor, siguieron andando, y como iba diciendo, eran seis soldados y un hombre de una estatura colosal. Todos ellos eran bastante morenos, ménos por el lado en que les daba el sol poniente, el cual aparecia completamente rojo. Sus sombras se alargaban sobre la cuesta, y parecian las sombras de unos gigantes, envueltos en las nubes de polvo del camino, porque el ruido de cada paso que daban: ¡plan! ¡plan! ¡plan! se oia de seguro en el pueblo. En fin, cuando llegaron á donde yo estaba, reconocí al preso, y él tambien me reconoció. ¡Pobre muchacho! ¡De qué buena gana hubiera apretado á correr como la primera vez que le ví, casi en aquel mismo sitio!

El peon caminero relataba el hecho como si se hallase sobre el mismo terreno, y recordaba los detalles de la escena con una expresiva vivacidad.

—Ya podeis suponer, prosiguió, que no dejé ver á los soldados que yo conocia al preso; él, por su parte, hizo otro tanto, pero con una sola mirada nos dijimos uno á otro que nos conociamos perfectamente. ¡Alerta! dijo el jefe á los soldados señalando hácia el pueblo, ¡alerta! muchachos. El peloton se reconcentró para obedecer á su jefe, y yo marché tras ellos con mis alforjas y mis herramientas al hombro. Los brazos del preso se hallaban fuertemente ligados; sus zuecos pesados y mal hechos le hacian cojear, y como no podia andar de prisa, le sacudieron unos cuantos culatazos, con tal violencia, que el pobre hombre dió con su cuerpo en el suelo. Los soldados se echaron á reir, pero luego le ayudaron á levantarse; su rostro estaba lleno de sangre y cubierto de polvo, y

como no podia enjugárselo por tener sujetos los brazos, los otros se reian como si la cosa fuese muy graciosa. Poco despues llegaron al pueblo; todo el mundo salió á verlos, pasaron cerca del molino, llegaron á la colina, fueron derechos á la prision, abrieron la puerta y el hombre se quedó por allí.

—Continúa, Jacobo, le dijo Defarge.

—Todo el pueblo, repuso el hombre del gorro bajando la voz y poniéndose de puntillas, todo el pueblo volvió de nuevo á la fuente, en donde cada cual dijo cuanto se le antojó; luego todo el mundo fué á acostarse y soñó con aquel infeliz que habian encerrado en un calabozo, del cual no saldria sino para ser ahorcado. Al otro dia por la mañana, al ir á mi trabajo con mis herramientas al hombro y comiéndome un cacho de pan negro, di un rodeo y pasé por delante de la prision. Allí estaba el pobrecillo, con su rostro ensangrentado y cubierto de polvo, pegado á los barrotes de hierro de la ventana. Tenia todavia los brazos atados á la espalda y no pudo hacerme ninguna señal, pero sus ojos, fijos, me miraron con las ansias de la muerte.

Los tres Jacobos y el tabernero escucharon con aspecto sombrío aquel relato, mirándose á veces de un modo que dejaba traslucir el odio y la sed de venganza. Sin embargo, sus rostros estaban tranquilos y su actitud era noble y llena de autoridad. Dos de aquellos implacables jueces se hallaban sentados sobre el camastro con la barba apoyada en una mano y la mirada fija en el aldeano. Jacobo tercero, no ménos atento y arrodillado detrás de sus compañeros, paseaba sus encrispados dedos por el conjunto de nervios que rodeaba sus pálidos lábios y su temblorosa nariz. Defarge permanecia de pié entre los jueces y el testigo, á quien habia colocado cerca de la ventana, y sus ojos se fijaban alternativamente en el peon caminero y en el tribunal.

—Continúa, Jacobo, dijo despues de un momento de silencio.

—Permaneció allí durante más de una semana, repuso el hombre del gorro azul. Todo el pueblo tenia miedo y no se atrevia á acercarse á verle; pero todos le miraban de léjos, y á la caída de la tarde, cuando despues de terminada la labor se reunian en la fuente, contemplaban de léjos la prision. Ya podeis suponer que allí se hablaba mucho; unos decian en voz baja que no le ahorcarian, porque se habia pedido su indulto, fundado en que el pobre hombre se habia vuelto loco despues de la muerte de su hijo. Otros añadian que la peticion de indulto habia sido presentada al rey. En fin, ¿qué sé yo! Despues de todo, es posible; puede ser que sí, puede ser que no.

—Escucha, Jacobo, dijo uno de los jueces; la peticion ha sido presentada al rey y á la reina; Defarge, con peligro de su vida, se ha lanzado enfrente de los caballos, y él mismo la ha entregado. Los cuatro que estamos aquí hemos visto la peticion en manos del rey.

—Escucha, Jacobo, dijo el hombre arrodillado detras de los otros dos; los guardias del rey se han apoderado del portador de la peticion, y le han apaleado; óyelo bien, Jacobo, le han apaleado.

—Corriente, dijo Defarge; continúa, Jacobo quinto.

—Además, prosiguió el narrador, decíase en la fuente que le habian llevado allí para hacerle morir en el mismo lugar del crimen, y que su ejecucion podia tenerse como cosa segura. Otros aseguraban que habiendo matado á monseñor, y siendo considerado monseñor como el padre de sus arrendatarios, tendria que sufrir la pena de los parricidas. Un viejo dijo entónces que le pondrian un cuchillo en la mano derecha y se la quemarian completamente; que despues le harian en los brazos, en el pecho y en todo el cuerpo varias heridas que llenarian

luego de aceite hirviendo, plomo derretido, resina, azufre y cera, y que, por último, le arrancarían los miembros descuartizándole atado á unos caballos. El viejo que decia todo esto, aseguraba que así se habia hecho con un parricida que trató de matar al rey Luis XV. Yo, como no sé leer, no sé lo que eso podrá tener de verdad.

—Sí, todo eso es verdad, repuso el hombre que permanecia siempre arrodillado; escucha, Jacobo, el nombre de ese parricida era Damieus; todos esos horrores se cometieron en pleno día y en mitad de la calle; entre la multitud que acudió á presenciar aquellas terribles torturas, habia un gran número de mujeres de la aristocracia, mujeres elegantes que permanecieron allí hasta la terminacion del suplicio, hasta que todo quedó concluido, Jacobo. Era ya de noche; el desgraciado habia perdido un brazo y dos piernas, y respiraba aún. Sí, todo eso es positivo. Pero tú, ¿qué edad tienes?

—Treinta y cinco años, respondió el aldeano, que representaba, cuando ménos, unos sesenta.

—Pues entónces tenias ya diez años cuando se verificó todo eso.

—¡Basta! dijo Defarge impacientado. Continúa, Jacobo, y ¡viva el infernal!

—Pues señor, repuso el peon caminero, cada uno decia su cosa, todo el mundo hablaba del mismo asunto, y hasta la fuente parecia murmurar como nosotros. En fin, un domingo por la noche, cuando todos los del pueblo se hallaban entregados al sueño, bajaron unos cuantos soldados de la prision. Varios obreros, provistos de picos y azadas, empezaron á cavar la tierra, en tanto que los militares cantaban y reian. Al despuntar el día, vimos al lado de la fuente una horca de cerca de cuarenta piés de altura.

El peon caminero alzó los ojos y las manos como queriendo indicar que la horca llegaba al cielo.

—Nadie se dedicó á sus tareas, nadie condujo los ga-

nados al campo, todo el mundo permaneció allí como podeis figuraros. A las doce del día se oyó el redoble del tambor; los soldados, que habian vuelto á la prision, salieron conduciendo al sentenciado. Este continuaba con los brazos atados á la espalda y llevaba además en la boca una fuerte mordaza. Encima de la horea se veia el cuchillo con que habia muerto á monseñor; allí junto á aquel cuchillo fué ahorcado.

Los cuatro Jacobos se miraron entre sí, en tanto que el aldeano se enjugaba la frente con su gorro azul.

—Eso es terrible! continuó el aldeano. ¿Cómo queis que vayan allí á buscar agua las mujeres? ¿Cómo ha de reunirse nadie para hablar alrededor de la fuente, teniendo encima á un ahorcado? Sali del pueblo el lunes á la puesta del sol; al llegar á lo más alto de la cuesta, me volví y miré: la sombra de aquel desdichado se extendia sobre la iglesia, sobre el molino, sobre la prision, y llegaba hasta el sitio en que la tierra se junta con el cielo.

El hombre que permanecia arrodillado se mordía las uñas, mirando á los otros tres, y todo su aspecto revelaba hallarse medio muerto de hambre.

—Eso es todo lo ocurrido, señores, dijo el aldeano. He salido del pueblo á la puesta del sol, segun se me habia prevenido; he andado toda la noche y toda la mañana siguiente, hasta tropezarme con este camarada; luego hemos caminado juntos, unas veces á pié y otras en carruaje, y aquí me teneis dispuesto á servirlos.

—¡Bien! dijo Jacobo primero despues de un momento de silencio; has obrado fielmente y has dicho la verdad. Espéranos ahí fuera durante algunos minutos.

Defarge salió con el aldeano, el cual fué á sentarse en los primeros peldaños de la escalera; luego volvió á unirse á los tres Jacobos, á quienes halló deliberando en voz baja.

—¿Qué opinas tú? le preguntó Jacobo primero, ¿los apuntamos en la lista?

—Sí, respondió el tabernero, los apuntaremos para que sean destruidos.

—¿La familia y el castillo?

—La familia y el castillo, replicó el tabernero; exterminio completo.

—¡Magnífico! dijo á modo de graznido el hombre arrodillado y famélico.

—¿Estás bien seguro de que el modo de llevar nuestras cuentas es bastante claro? dijo Jacobo segundo al tabernero. Ya sé que es un lenguaje perfectamente reservado, puesto que nadie conoce su existencia; pero ¿podremos descifrarlo? ó mejor dicho, ¿lo entenderá ella siempre?

—Jacobo, respondió el tabernero irguiéndose todo cuanto le fué posible; aunque mi mujer no estampase nuestras cuentas mas que en su memoria, recordaría seguramente desde la primera hasta la última sílaba. No tengas cuidado; esos puntos de calceta que, segun una combinación especial, forman un alfabeto, cuyos caracteres son fijos, serán siempre claros é inteligibles para la persona que los ha hecho. Créeme, más fácil seria al último malvado salir de este mundo, que borrar de la calceta de Mme. Defarge una letra de su nombre ó de la lista de sus crímenes.

Un murmullo de aprobacion acogió estas palabras, y no volvió á hablarse más del asunto.

—Creo que debemos enviar ese rústico á su pueblo, dijo Jacobo tercero, porque es tan bobo que podría comprometernos.

—El no sabe nada de nuestros asuntos, respondió el tabernero, y todo cuanto pudiera decir no serviria sino para que le ahorcasen: no tengais ningun cuidado, eso corre de mi cuenta; yo le despediré cuando sea necesario, porque quiere ver al rey, á la reina y á los personajes de la córte, y he prometido enseñárselos el domingo.

—¿Cómo! exclamó el hombre desfallecido de hambre,

¿vamos á contar con un hombre que desea conocer al rey y á los nobles?

—Jacobó, respondió Defarge, enséñale la leche al gato si quieres que la beba; coloca un perro enfrente de su presa. si quieres que aprenda á traértela.

Los cuatro dieron por terminada su entrevista y se dispusieron á bajar. Al llegar á los primeros peldaños hallaron al labriego medio dormido, y le aconsejaron que fuera á acostarse á la guardilla; el pobre hombre no se lo hizo repetir dos veces, y al poco rato empezó á dormir á pierna suelta.

Difícil hubiera sido que un campesino como él hallase en París mejor hospitalidad que la que le procuró el tabernero; á no ser por el misterioso temor que le inspiraba la vinatera, la vida que llevaba en casa de los esposos Defarge era para el peon caminero tan agradable como nueva; pero la dueña de la casa, sentada todo el día en la tienda, parecía inquietarse tan poco de su presencia, que el pobre hombre temblaba de los piés á la cabeza siempre que por casualidad tropezaban sus ojos con aquella impasible mujer. ¿En qué pensaba la tabernera? ¿Quién era capaz de adivinar sus pensamientos ni sus proyectos? Estoy seguro, pensaba el aldeano, de que si á esa mujer se le ocurriera la idea de jurar que me había visto matar á un hombre, no se pararía en pelillos, y vería que me ahorcaban sin dársele de ello tres cominos.

Así es que cuando llegó el domingo, fué bien escasa la satisfacción del peon caminero al ver que Mme. Defarge le acompañaba á Versailles. ¿Cómo verse sin disgusto al lado de aquella mujer dentro de la diligencia, consagrada siempre á su calceta y sin separar la vista de ella ni un solo momento? ¿Cómo no pasarse cada vez más, al verla cerca de sí entre la multitud, sin que la próxima llegada del rey lograra hacerla apartar los ojos de su sempiterna calceta?

—¡Mucha afición teneis á la labor, señora! le dijo uno de sus vecinos.

—Es que tengo mucha tarea, respondió Mme. Defarge.

De allí á poco aparecieron en su dorada carroza el rey de poderosas mandíbulas y la reina de agraciado rostro, seguidos de una brillante multitud de señores y de risueñas mujeres, prendidas con suma elegancia. El aspecto de tantas joyas, penachos, polvos, seda, esplendor, belleza, desdeñosos rostros é insolentes miradas, desvaneció de tal modo á nuestro peon caminero, que en aquel momento de embriaguez se puso á gritar: ¡viva el rey! ¡viva la reina! ¡vivan los nobles! ¡viva todo el mundo! como si no supiese, ni siquiera de oídas, que había Jacobos en Francia.

A fuerza de mirar aquellos jardines, aquellas alamedas, aquellas fuentes y aquellas flores; á fuerza de contemplar nuevamente al rey, á la reina y á todos sus acompañantes, y á fuerza de gritar: «¡viva éste! y ¡viva el de más allá!», acabó por llorar de admiración, y en las tres horas que duró aquel espectáculo continuó aclamando y lloriqueando, en tanto que el tabernero le sujetaba de la blusa como para impedirle que se arrojase sobre los objetos de su culto y los hiciese trizas.

—¡Muy bien! ¡muy bien! le dijo Defarge dándole un golpecito en el hombro, ¡eres un buen muchacho!

El aldeano volvió poco á poco en sí y comenzó á creer que había debido engañarse, cometiendo tal vez una falta con aquellas ruidosas manifestaciones. Pero tranquilizóse bien pronto al oír que Mr. Defarge le decía al oído:

—Has obrado perfectamente, amigo mio; las gentes como tú son las que les hacen creer que todo esto vá á durar así mucho tiempo; de este modo viven sumamente tranquilos y podemos acabar más pronto con ellos.

—¡Calla, pues es verdad! dijo el peon caminero rascándose la cabeza.

—Esos insensatos orgullosos que te desprecian, no sos-

pechan nada; serian capaces de acabar con cien semejantes tuyos ántes que sacrificar uno de sus caballos ó de sus perros; pero creen lo que tú les dices y no ven la nube que se les viene encima. Continúa engañándolos, amigo mio, continúa engañándolos: cuanto más equivocados estén, mucho mejor.

Mme. Defarge miró con altivez al peon caminero y movió la cabeza en señal de aprobacion. Luego le dijo:

—¿Conque quedamos en que aplaudirás y llorarás siempre que haya mucha gente y mucho bullicio, no es eso?

—Creo que sí, señora mia.

—Si te enseñasen un monton de muñecas y te lanzasen sobre ellas diciéndote que las hicieses añicos y las machacasas, escogerias las más vistosas, ¿no es verdad?

—Seguramente, señora.

—Si te colocasen enfrente de una bandada de pájaros que no pudiera escaparse y te mandasen que los desplumasen en provecho tuyo, exterminarias con preferencia aquellos cuyos despojos fuesen de mayor valor, ¿no es verdad?

—Teneis muchísima razon, señora.

—Pues todo lo que has visto hace poco, no son más que magníficas muñecas y pájaros vistosos, le dijo la calcetera señalando el sitio por donde acababa de pasar la corte; ahora puedes marcharte á tu pueblo cuando quieras.

## CAPÍTULO XVI.

### Siempre haciendo calceta.

En tanto que Mme. Defarge y su esposo regresaban en amor y compañía al barrio de San Antonio, un punto imperceptible, cubierto con un gorro azul, caminaba entre tinieblas y á través del polvo por una interminable carretera, dirigiéndose al lugar en que el castillo del di-

funto monseñor escuchaba el murmullo de los añosos robles.

Las cabezas de piedra disponian entónces de tanto tiempo para prestar oído al murmullo de las hojas y de la fuente, que el reducido número de espantajos que al buscar yerbas con que alimentarse ó leña destinada á procurarse algun calor, vagaban por los alrededores del gran patio, creian inocentemente que aquellas cabezas petrificadas no tenian la misma expresion que en otros tiempos. Decíase por el pueblo que al clavarse el cuchillo en el corazon de monseñor, el orgullo impreso en aquellos rostros de piedra habia sido reemplazado por la expresion de la tra y el dolor, y que desde el dia en que el desdichado Jacobo habia sido ahorcado junto á la fuente, habian variado nuevamente de aspecto, adoptando el aire de satisfecha crueldad que siempre habian tenido.

La cabeza de piedra que coronaba la gran ventana de la alcoba en que se habia cometido el asesinato, tenia en la parte superior de las fosas nasales dos profundos surcos que todo el mundo reconocia y que nadie habia visto hasta entónces. Así es que las pocas veces que dos ó tres aldeanos, cubiertos de harapos, se acercaban á contemplar aquel petrificado rostro, huian aterrorizados y se escondian entre los arbustos y las malezas, como liebres acosadas por los cazadores.

El castillo y las cabañas, las cabezas de piedra y el esqueleto del ahorcado, las manchas sangrientas de las losas y el agua cristalina de la fuente, millares de fanegas de tierra, toda una provincia, toda la Francia, queda envuelta en sombras, en donde el espacio que ocupa se reduce á la más mínima expresion.

Un mundo entero, con todas sus pequeñeces, está contenido en la estrella que arroja sus fulgores, y del mismo modo que la ciencia puede descomponer la luz y determinar cada rayo, la inteligencia humana puede leer